

Esa terrible situación termina (al menos parcialmente, ya que los prisioneros permanecerían en los campos de concentración todavía bastante tiempo, como nos cuenta Primo Levi en *La tregua*) con la liberación —la famosa *Befreiung*— el 29 de abril de 1945. Se trata de un momento impresionante, narrado por el autor con no poca emotividad y realismo.

La obra incluye algunos apéndices, como un breve comentario espiritual elaborado por dos profesores del Instituto de espiritualidad Titus Brandsma de Nimega, un diccionario de la terminología concentracionaria y un interesantísimo complemento fotográfico.—FERNANDO MILLÁN ROMERAL

HISTORIA DE LA IGLESIA

FERRER BENIMELI, JOSÉ ANTONIO, *El Colegio de la Compañía de Jesús en Huesca (1605-1905)* (Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca 2008), 324p., ISBN: 978-84-8127-195-9.

La historia de los colegios de la Compañía antes de su expulsión por Carlos III se ha enriquecido en los últimos años con una bibliografía estimable, en la que no faltan enfoques originales sobre su labor pedagógica y cultural, o visiones de conjunto que pueden considerarse nuevas por la manera de presentar la información. Esta obra de José Antonio Ferrer Benimeli es una obra singular en su género, por la manera de narrar la historia del antiguo colegio jesuítico de la ciudad de Huesca. El autor, que además de conocido masonólogo es especialista en la historia de la antigua Compañía, utiliza aquí unos recursos históricos con los que siempre ha obtenido felices resultados: la búsqueda de fuentes documentales donde quiera que se encuentren, la colocación de los hechos y de los personajes en el momento adecuado, el análisis ambiental e institucional y la abundancia de citas textuales, sin escatimar espacio ni alterar el lenguaje original. Esta técnica narrativa, de composición minuciosa, habla por sí misma. Es como un cuadro que se deja ver, y sólo requiere comentarios breves y enjundiosos, como los que hace el autor en el momento oportuno.

La documentación ha sido extraída de todos los archivos que conservan informaciones dispersas del colegio oscense: archivos y bibliotecas nacionales (Archivo Histórico Nacional, Archivo del Reino de Valencia, Biblioteca Nacional y de la Real Academia de la Historia, Archivo Militar de Segovia), archivos de Huesca (Provincial, Municipal y Diocesano) y archivos de la Compañía de Jesús (Archivum Historicum de Roma y Arxiu S. I. de Catalunya). Con este «puzzle documental» y una bibliografía especializada (en la que se destacan los trabajos del P. Antonio Borrás, a cuya memoria está dedicado el libro) el autor ha logrado reconstruir una «historia de personas e historia de piedras que abarca casi trescientos años y constituye un pedazo

del ser de Huesca» (p.9). Efectivamente, el resultado ha sido una historia completa del colegio oscense en todas sus etapas.

La historia del colegio de Huesca es una historia complicada, que puede servir de contrapunto al esquema demasiado simple de los colegios que tuvieron un solo fundador en una fecha determinada y se dedicaron desde el principio a la enseñanza uniformada del sistema de la *Ratio Studiorum*. Frente a la historia uniforme de estos colegios, el de Huesca ofrece el modelo de una historia más compleja, en su fundación, destinos y edificios. Fue un colegio promovido por varios «fundadores» en distintas épocas: don Jerónimo Pérez de Oliván, que entregó la primera dotación fundacional en su testamento fechado en 1595 (al enviudar entró de hermano coadjutor en la Compañía a los 70 años), el doctor Pedro Luis Martínez de Cenedo, que en 1598 dejó un buen capital para los colegios de Huesca y Zaragoza, el deán Luis de Sarabia, que en 1632 ofreció su herencia para fundar el noviciado, y el canónigo catedrático de leyes Vicente Castilla, que en el siglo XVIII financió la construcción de la nueva iglesia de San Vicente el Real. Si se añaden los apoyos del ayuntamiento, del cabildo catedralicio y de algunos obispos nos encontramos con un pluralismo de fundadores y bienhechores, que también se repitió en otras partes.

La historia de los edificios en los que trabajaron los jesuitas no es menos complicada, si se atiende a los diversos domicilios de la comunidad, al uso de las dos iglesias de San Vicente, Alto y Bajo, y a la ubicación del colegio, primero provisional, y luego el definitivo construido de nueva planta tras muchos años de obras.

La complejidad alcanza a los destinos de la casa. Al igual que en otras partes, el asentamiento de los jesuitas en Huesca fue un proceso lento, pues requería unas rentas suficientes para asegurar la fundación, que, a su vez, tenía que recibir la aprobación de distintas autoridades: el rey, el papa, la ciudad, el obispo, el provincial y el general, así como los acuerdos y concordias de las partes interesadas. Por eso —y en el caso de Huesca se observa con claridad— es normal que se registren varias fechas fundacionales. Los primeros jesuitas, PP. Miravete y Del Arco, llegaron a la ciudad en 1605 y se instalan en casas alquiladas. En 1610 el obispo les dona la iglesia de San Vicente Bajo (tras largos pleitos con los canónigos del Santo Sepulcro de Calatayud, que se consideraban propietarios), mientras la ciudad les entrega la misma iglesia mediante una capitulación. En 1620 el obispo Moriz de Salazar les entrega la otra iglesia de San Vicente (el Alto).

En 1625 se pone la primera piedra del colegio nuevo, junto a San Vicente Bajo, frente al palacio de Lastanosa. Todavía en 1638 sólo se habían construido los cimientos del colegio nuevo. En 1644 se instala en Huesca el Noviciado (traslado desde Tarragona por la guerra de Cataluña), y allí permanecerá 21 años hasta 1665. En 1670 se instala durante algunos años en Huesca el Seminario de Letras (estudios de Humanidades para jóvenes jesuitas). La necesidad de aplicar las rentas al sostenimiento del noviciado explica la parada de las obras del colegio en construcción, que, al estar deshabitado, servía de refugio a unos «ocupas»; y todavía en 1676, 71 años después de la llegada de los jesuitas y 51 desde la primera piedra, se encontraba inconcluso y con las paredes agrietadas. En 1683 la Universidad de Huesca solicitó a los jesuitas, como lo había hecho en ocasiones anteriores, la instalación de las Escuelas de Gramática y Latinidad, que fueron aceptadas por la Compañía en una concordia fechada en 1687.

En 1746 se edificó la nueva iglesia de San Vicente sobre el solar derribado de la antigua. La historia de los jesuitas de Huesca se interrumpe, como en toda España, con la expulsión de 1767. Al año siguiente, en una fecha tan significativa como el 31 de julio, el fiscal Campomanes firmó una circular mandando sustituir los emblemas de la Compañía (JHS) por las armas reales, como puede verse en la portada de San Vicente el Real.

Sobre la trama de estas fechas significativas el autor construye una historia minuciosa, con detalles y pormenores que se reflejan fielmente con las citas textuales de los documentos. Aparece una historia local con instituciones tan singulares como la universidad. La ciudad vivió momentos dramáticos como la peste de 1651 (p.119), o jornadas festivas, animadas por la explosión de la espiritualidad barroca con motivo de las beatificaciones y canonizaciones de los santos jesuitas. La opinión de la gente sobre la Compañía era favorable, aunque no faltaban pleitos sobre asuntos económicos. Las donaciones de los devotos no remediaban las penurias, que los jesuitas procuraban superar vendiendo los productos de sus campos para mantenerse, hasta el punto de que, en 1658, el General Oliva lamentó «que en Huesca vendiesen vino los novicios en las tabernas» (p.125). El autor reconstruye palmo a palmo las vicisitudes de la institución en el siglo XVII, a través de las cartas anuas, las crónicas e historias domésticas, los acuerdos y controversias jurídicas y, sobre todo, del carteo de los rectores con los provinciales y generales. De esta correspondencia se obtienen datos importantes, que confirman el gobierno supremo de los Padres Generales, entre los que se destacaron Vitelleschi y Oliva.

Los catálogos trienales ofrecen los nombres y cargos de los jesuitas que vivieron en Huesca. Con ellos se han logrado llenar las carencias documentales del siglo XVIII, al ofrecernos los nombres y trabajos de la comunidad que alcanzaba entonces un promedio de 17 jesuitas cada año.

Entre los jesuitas que residieron en Huesca se destacó el P. Baltasar Gracián. Estuvo allí en dos ocasiones, de 1636 a 1639 y de 1645 a 1649. Gracián escribió algunos de sus libros en aquel «colegio predilecto», donde fue profesor de Griego, Filosofía y Teología Moral. Fue amigo y admirador del erudito mecenas don Vincencio Juan de Lastanosa. Durante la primera estancia el superior quedó disgustado por la amistad de Gracián con los seglares, y por la ayuda que prestaba a un niño, que era hijo de un jesuita. «Rasgos todos ellos de amistad y conmiseración, dignos de destacar en un hombre tildado siempre de deshumanizado» (p.100). Este carácter se refleja en el retrato procedente de Graus, que el libro reproduce, donde el escritor muestra un rostro amable y sonriente.

Merecen destacarse otras aportaciones valiosas de la obra. En primer lugar, las peculiaridades de la provincia jesuítica de Aragón, donde persistía la conciencia de las cuatro «naciones» que la componían (Aragón, Cataluña, Valencia y Baleares), con sus correspondientes exigencias y quejas, y un naciente nacionalismo que se complicó con la guerra del francés. Así se explica el deseo de mantener el equilibrio de las «naciones» en los cargos, en los candidatos y en las aportaciones económicas. El P. Oliva respondió con gran sensatez a las quejas de algunos jesuitas catalanes en 1666, animando a guardar la igualdad, en lo posible, en los oficios y ocupaciones, pero teniendo en cuenta las circunstancias, anteponiendo los méritos de los sujetos a su lugar de nacimiento; y exhortando a los más exigentes «a que atajen

semejante lenguaje que huele a nacionalidad» (p.131). Estas diferencias explican el contencioso Huesca-Tarragona sobre las contribuciones para el mantenimiento de los novicios (p.135-141). Eran situaciones nada extrañas en una sociedad donde se defendían los derechos en pleitos interminables, de los que el libro ofrece numerosos ejemplos, empezando por el largo proceso que disputaron, en un tribunal civil, los colegios de Huesca y Zaragoza sobre la herencia de don Pedro Luis Martínez Cenedo, cuando falleció su hermana doña Jerónima (p.65-78). El P. General Vitelleschi lamentaba en 1628 «que esta es la primera vez que oygo que un Collegio a pleyteado contra otro» (p.66). Detalles como éstos nos descubren una historia muy real, en la que los ideales religiosos y educativos acaecen en una Compañía donde las comunidades, bajo una apariencia de unidad y riqueza, mantenían sus identidades regionales o locales y defendían sus propios recursos económicos, de los que dependían la subsistencia del colegio y la enseñanza gratuita que en ellos se impartía.

Otra novedad es el detalle con que se estudia la historia de los edificios del colegio y de la iglesia. La construcción de la Iglesia de la Compañía o de San Vicente el Real se estudia principalmente a través de las capitulaciones del fundador, Vicente Castilla, con el arquitecto José Sofí en 1739. La iglesia fue recuperada por los jesuitas en 1878, que la conservan hasta el día de hoy (M. Revuelta, *La Compañía de Jesús en la España contemporánea*, t.I, p.1014-1016; t.II, p.1025-1027). En cambio, el edificio del colegio anejo fue demolido a finales del siglo XIX. Esta circunstancia concede un valor especial a las investigaciones del autor sobre las vicisitudes y transformaciones del inmueble desaparecido. Los jesuitas lo abandonaron en la expulsión de 1767, de la que se publican los inventarios de la librería y de las alhajas de la sacristía. En 1788 se entregó la iglesia y el colegio a los agustinos calzados, que lo mantuvieron hasta la excomunión de 1835. Unos años antes, en 1825, durante la década absolutista, el Ayuntamiento pidió, sin conseguirlo, el retorno de los jesuitas en un memorial que hace un gran elogio a la educación de la Compañía, que había sido restaurada por Fernando VII en 1815, y suprimida en el trienio liberal en 1820 (p.239-245). Después de la desamortización de Mendizábal el edificio del colegio se transformó en cuartel de infantería, y en 1851 se hicieron unos planos para convertirlo en cuartel de caballería. Otros planos más detallados, que se reproducen en el libro, se trazaron en 1894, cuando el Ayuntamiento pretendía canjear el cuartel, que se derribó en 1895. En 1899 se abrió una nueva calle en los solares, donde en 1904 se inauguró la sucursal del Banco de España.

En los apéndices se publican documentos muy interesantes, especialmente las actas capitulares sobre la enseñanza de la gramática que se quería encomendar a los jesuitas en 1631, la misión del famoso misionero popular Jerónimo López en 1648, las fiestas de San Vicente y de carnestolendas en ese mismo año, y el listado alfabético completo de los 489 jesuitas que habitaron en Huesca desde 1605 hasta 1767, de los que en un capítulo anterior se ofrecen unos cuadros cronológicos muy bien elaborados (p.191-212).

Por último hay que alabar la espléndida edición de la obra, con notas muy eruditas en los márgenes, y abundantes y bien escogidas ilustraciones de vistas de la ciudad, retratos de Lastanosa y Gracián, detalles de los edificios, planos, portadas de libros, catálogos y documentos.—MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ.